

La historia del viaje de Marcel Proust a Dinamarca

A principios del siglo XX, el famoso escritor francés Marcel Proust decidió realizar un viaje muy especial. Había leído muchos libros sobre Dinamarca y, sobre todo, sobre un castillo que despertaba su imaginación desde hacía años: el castillo de Frederiksborg. Había visto dibujos, grabados y fotografías. En su mente, aquel lugar era casi mágico.

Por eso, una mañana fresca de otoño, llegó finalmente a Copenhague.

El tren entró lentamente en la estación central de la ciudad. Marcel observaba por la ventana mientras las vías se multiplicaban y desaparecían bajo una gran estructura de hierro y cristal. Había viajeros por todas partes. Algunos corrían. Otros se despedían de familiares y amigos. El vapor de las locomotoras se mezclaba con el olor a café y pan recién hecho.

—Por fin estoy en Dinamarca —murmuró satisfecho.

Tomó su sombrero, su bastón y una pequeña maleta de cuero. Después buscó la ventanilla donde podía comprar un billete para Hillerød.

Pero las noticias no fueron buenas.

—Lo siento, señor —dijo el empleado—. Todos los trenes hacia Hillerød han sido cancelados.

Marcel creyó haber oído mal.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Y cuándo volverán a funcionar?

—Nadie lo sabe.

El escritor suspiró.

Había recorrido cientos de kilómetros para ver Frederiksborg, y ahora se encontraba atrapado en Copenhague.

Sin embargo, el empleado añadió:

—Existe otra posibilidad.

—¿Cuál?

—Una diligencia postal sale dentro de una hora.

—¿Una diligencia?

—Sí. Tirada por caballos.

Marcel parpadeó varias veces.

—Pensaba que esas cosas pertenecían ya a las novelas.

—En Dinamarca algunas todavía existen.

Una hora más tarde estaba sentado en una gran diligencia amarilla. El vehículo parecía salido de otra época. Los caballos resoplaban mientras el conductor preparaba la salida.

Cuando comenzaron a avanzar, Marcel sintió la emoción de una aventura inesperada.

A su lado viajaba un hombre robusto de unos cincuenta años. Tenía un espeso bigote gris y una mirada tan alegre como sospechosa.

El hombre sacó discretamente una botella del bolsillo.

Tomó un trago.

Luego otro.

Y finalmente dirigió una sonrisa a Marcel.

—Francés, ¿verdad?

—Sí.

—Magnífico. Yo también hablo francés.

De hecho, ambos comenzaron a conversar en francés, aunque nuestra historia está escrita en español.

El hombre se presentó.

—Me llamo Lars.

—Marcel Proust.

Lars abrió mucho los ojos.

—¿El escritor?

—Supongo que sí.

—¡Excelente! Entonces el viaje será menos aburrido.

—¿Y usted a qué se dedica?

—Principalmente a vivir.

—No parece una profesión muy concreta.

—Lo suficientemente concreta para mí.

Lars volvió a beber.

Marcel notó enseguida que aquel hombre poseía dos grandes pasiones: hablar y beber.

Durante las primeras horas del viaje atravesaron los alrededores de Copenhague.

Pronto aparecieron campos abiertos. El cielo estaba cubierto de nubes blancas que avanzaban lentamente sobre la llanura danesa.

Las casas eran pequeñas y elegantes. Los molinos aparecían de vez en cuando en la distancia.

Marcel observaba todo con interés.

Le gustaba registrar imágenes y sensaciones.

Pensaba que la memoria era uno de los grandes tesoros de la vida.

Mientras contemplaban el paisaje, Lars comenzó a contar historias.
Según él, un primo suyo había enseñado a tocar el violín a una cabra.
Otro había descubierto una mina de oro en el jardín de su casa.
Y un tercero podía predecir el futuro observando la forma de las zanahorias.

—No le creo ni una palabra —dijo Marcel.

—Eso demuestra que aún conserva el sentido común.

Los dos se echaron a reír.

Después de varias horas llegaron cerca de la costa.

Ante ellos apareció el Øresund.

El mar brillaba bajo un sol suave que conseguía atravesar las nubes.

Al otro lado podía verse Suecia.

Los barcos navegaban lentamente sobre el agua tranquila.

Las gaviotas volaban en círculos.

Marcel permaneció en silencio durante varios minutos.

Aquella vista lo impresionó profundamente.

El escritor respiró el aire salado y anotó algunas frases en una libreta.

Lars miró por encima de su hombro.

—¿Escribe una nueva novela?

—No. Solo intento recordar este momento.

—Tiene suerte.

—¿Por qué?

—Porque yo ya no recuerdo muchos momentos.

—¿Por la edad?

—No. Por la botella.

Marcel volvió a reír.

La conversación continuó durante toda la tarde.

Hablaron de literatura, de París, de la música y de los viajes.

Poco a poco el escritor comenzó a apreciar la compañía del danés.

Aun así, seguía sospechando que Lars era capaz de cualquier travesura.

Aquella sonrisa permanente resultaba demasiado peligrosa.

Cuando el sol empezó a descender, la diligencia atravesó una región de bosques y lagos.

Las hojas amarillas caían lentamente de los árboles.

La luz adquirió un tono dorado.

Finalmente llegaron a una elegante localidad rodeada de jardines.

A cierta distancia podía verse un gran edificio.

Marcel observó la construcción.

—¿Hemos llegado a Hillerød?

—Prácticamente —respondió Lars.

—¿Prácticamente?

—Ya verá.

Señaló el edificio.

—Y allí tiene usted el famoso Frederiksborg.

Marcel abrió la boca.

—¡Magnífico!

El lugar era hermoso.

Había jardines, caminos y numerosos árboles.

Quizá no era exactamente como lo había imaginado, pero estaba cansado del viaje y no tenía motivos para desconfiar.

—Muchas gracias por su compañía —dijo.

—Ha sido un placer.

—Tal vez volvamos a encontrarnos.

—Tal vez.

Lars estrechó su mano.

Su expresión parecía esconder un secreto.

Luego la diligencia desapareció por el camino.

Marcel se quedó solo.

Comenzó a pasear por los jardines admirando el paisaje.

Poco después observó a tres hombres elegantemente vestidos que conversaban cerca de una fuente.

Parecían caballeros distinguidos.

Cuando se aproximó, uno de ellos sonrió.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Los cuatro comenzaron a conversar.

Marcel explicó que acababa de llegar desde Francia para contemplar el famoso castillo de Frederiksborg.

Los tres hombres intercambiaron una mirada divertida.

Entonces uno de ellos dijo:

—Quizá deberíamos presentarnos.

—Sería un placer.

—Yo soy el rey de Dinamarca.

El segundo hizo una inclinación.

—Yo soy el rey de Suecia.

El tercero sonrió solemnemente.

—Y yo soy el rey de Noruega.

Durante unos segundos reinó el silencio.

Marcel los observó.

Después volvió a observarlos.

Finalmente frunció el ceño.

—¿Es una broma?

—En absoluto —respondió el supuesto rey danés.

—¿Y desean hacerme creer que los tres reyes escandinavos pasean juntos por un jardín?

—Exactamente.

Marcel comenzó a enfadarse.

Todo encajaba de repente.

La sonrisa de Lars.

El extraño castillo.

Las respuestas ambiguas.

Entonces uno de los hombres añadió:

—Y además nos encontramos en Fredensborg.

Aquellas palabras fueron la gota que colmó el vaso.

Ahora comprendía claramente que no estaba en Frederiksborg.

Había sido víctima de una burla.

Enderezó la espalda.

Miró a los tres hombres con dignidad.

Y respondió:

—¿Ah, sí? Pues si ustedes son los reyes de Dinamarca, Suecia y Noruega, yo soy el emperador Napoleón II.

Los tres caballeros intentaron contener la risa.

Pero fue inútil.

Marcel giró sobre sus talones.

Y se marchó indignado.

Mientras caminaba por los senderos de Fredensborg, su mal humor aumentaba.

Primero el tren cancelado.

Después la interminable diligencia.

Luego Lars.

Y finalmente aquellos tres bromistas.

—¡Qué país tan extraño! —protestó.

Cuanto más pensaba en ello, más irritado se sentía.

Había desperdiciado todo un día.

Había hablado con mentirosos.

Había visitado el castillo equivocado.

Y aún no había visto Frederiksborg.

El cielo comenzó a oscurecerse.

Las luces de las ventanas aparecieron poco a poco.

Finalmente decidió buscar un lugar donde descansar.

Así encontró la Store Kro.

Entró cansado.

El comedor estaba agradablemente iluminado.

Olía a madera, a café y a comida recién preparada.

Tomó asiento junto a una ventana.

Un camarero se acercó.

—¿Qué desea cenar?

—Lo que usted recomiende.

Al cabo de unos minutos apareció un plato sencillo.

Era una gran tortita caliente.

Una especie de panqueque.

Marcel la observó.

No parecía especialmente extraordinaria.

Sin embargo, en cuanto probó el primer bocado, algo ocurrió.

Un sabor inesperado despertó en su memoria.

Recordó perfumes olvidados.

Calles de su infancia.

Conversaciones antiguas.

Jardines desaparecidos.

Personas a las que había amado.

Momentos que creía perdidos para siempre.

Era como si toda su vida hubiese regresado de golpe.

Se quedó inmóvil.

El mundo desapareció a su alrededor.

Solo existían los recuerdos.
Y entonces comprendió algo.
Comprendió que el pasado nunca desaparece completamente.
Que permanece escondido en nuestra memoria.
Esperando una sensación, un aroma o un sabor para regresar.
Tomó rápidamente una servilleta.
Comenzó a escribir.
Después pidió papel.
Luego más papel.
Y siguió escribiendo sin detenerse.
Los clientes observaban con curiosidad.
El camarero regresó varias veces.
Pero Marcel apenas se daba cuenta.
Las ideas llegaban una tras otra.
Horas más tarde levantó finalmente la cabeza.
Una sonrisa iluminaba su rostro.
Todo el enfado había desaparecido.
Incluso estaba agradecido a Lars.
Y también a los falsos reyes.
Porque si no hubiera perdido el tren...
si no hubiera subido a la diligencia...
si no hubiera llegado por error a Fredensborg...
quizá nunca habría tenido aquella inspiración.
Esa noche durmió poco.

La cabeza seguía llena de ideas.

A la mañana siguiente tomó el camino de regreso.

Abandonó Dinamarca sin haber visto Frederiksborg.

Sin embargo, ya no le importaba.

Había encontrado algo más valioso.

Durante el viaje hacia Francia comenzó a desarrollar la obra que ocuparía muchos años de su vida.

Una obra sobre el recuerdo, el tiempo y la memoria.

Mucho tiempo después, cuando los lectores de todo el mundo admiraron *En busca del tiempo perdido*, nadie imaginó que parte de aquella inspiración había comenzado gracias a un tren cancelado, una diligencia postal, un bromista llamado Lars y una tortita servida en una posada danesa.

Y quizá, en algún lugar de Dinamarca, Lars siguió contando historias imposibles a otros viajeros.

Probablemente con una botella en la mano.

Y probablemente riéndose todavía.

Glosario

Español	Dansk
diligencia	postvogn
tirado por caballos	trukket af heste
robusto	kraftig
bigote	overskæg
travesura	narrestreg
gaviota	måge
llanura	slette
inclinarse	bukke sig
indignado	forarget
sendero	sti
posada	kro
tortita / panqueque	pandekage
servilleta	serviet
despertar recuerdos	vække minder
aroma	duft

Español	Dansk
desperdiciar	spilde
burla	spøg, drilleri
agradecido	taknemmelig
obra	værk
recuerdo	minde
detenerse	standse
desaparecido	forsvundet